

motercera" (ahora más) nación europea; muchos argumentos en favor de la soberanía nacional, ya sea británica (G. Barker, L. Blake, J. Laughland) o francesa (P. Séguin); críticas permanentes a Maastricht ("engreimiento", "delirios de grandeza", "megalomanía", en palabras de P. Belien), al federalismo europeo (S.H. Beer), al todopoderoso Delors ("impostor o zopenco", dice sin ambages lord Harris of High Cross); hay, en fin, buenos trabajos sectoriales sobre política monetaria o defensa común.

Además de Gortázar, el libro se enriquece con otras valiosas aportaciones españolas. Alejo Vidal-Quadras (una estupenda pluma, ganada desde la ciencia para las ideas políticas) cuenta, en "Los viejos muebles de la familia", la curiosa "convergencia" —valga este término en el más neutro de los sentidos— entre los tecnócratas socialistas y los defensores románticos e historicistas de los micronacionalismos separadores, dos corrientes solo en apariencia antagónicas. Alejandro Muñoz-Alonso fue autor, en su día, de un gran artículo periodístico sobre el tratado de Maastricht; seamos ingenuos: era pleno verano, y quizá por eso casi nadie quiso entonces escucharle. Ahora explica, con buenas razones políticas y jurídicas, por qué no debe ni puede aplicarse a la construcción europea la concepción federal del Derecho y del Estado.

El lector prudente sabrá juzgar las razones de unos y de otros. Pero, aunque los dogmáticos se enfaden, acostumbrados como están a la monótona rutina del mando, *Visiones de Europa* aporta una saludable dosis de frescura literaria e intelectual, mucho más próxima al "Espíritu de la Época" que su aburrido refinamiento tecnocrático. ■ **Benigno Pendás.**

Carmen Rocamora,  
*Veinte museos de arte contemporáneo del mundo*  
Editorial Imprinta  
Valencia, 1995, 341 págs.

---

Por una serie de circunstancias históricas y culturales, el arte moderno ha seguido unos cauces muy diferentes a los de la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco. Una pintura menos formalista, más renovadora, inquieta y vital, se genera durante el siglo XIX y fructifica en numerosas tendencias, marcadas por la rebeldía, las emociones y las angustias propias de nuestro siglo XX. Es un arte que se refugia donde puede, en galerías provisionales, mansiones burguesas o residencias de excéntricos millonarios. No tiene otro remedio, puesto que no hay cabida para él en las cortes reales o en los viejos museos, poblados por los grandes maestros.

Carmen Rocamora ha buscado las huellas de esa pintura desterrada, bien acomodada hoy en espléndidos museos de Arte Contemporáneo, que se abre camino al acreditar su extraordinario valor estético y su sorprendente capacidad comunicadora. Y ha buscado esas huellas lejos de manuales o libros de láminas, al recorrer, uno a uno, los más importantes museos de Arte Contemporáneo del mundo, caminando por sus salas, observando con detalle cada obra en particular y admirando la magia de sus trazos. El repertorio es largo, puesto que va de Nueva York a Oslo, de Estocolmo a Viena, o de Madrid a Valencia pasando por Cuenca. Y más larga todavía es la nómina de museos: el *Withney*, el *Guggenheim*, el *MOMA*, el *Metropolitan*, la *Frick Collection* y *The Cloisters*, en Nueva York; el *Munch*, *Vigeland* y la *National Gallery*, de Oslo; el *Moderna Museet*, de Estocolmo; el *Clint* y la *Sezession* vienesa, el de Arte Moderno, el *Ludwig* y el Palacio Belvedere, en Viena; el Cerralbo, el de El Escorial, el de Arte Moderno, el *CARS*, el Thyssen, de Madrid; el *IVAM*, de Valencia y el de Arte Abstracto, de Cuenca.

El resultado es un trabajo documental y crítico de primera mano, elaborado con frescura, sin más referencias eruditas que las necesarias para facilitar la comprensión de cada artista, encuadrado tanto en su cir-

cunstancia personal, como en su época. Las corrientes dadaístas, el futurismo y el surrealismo, el fauvismo, el cubismo, el expresionismo y las variadas formas del abstracto, el *Minimal* y el *Op Art/Pop Art* se reparten por las salas que Carmen Rocamora visita, entre la admiración y el respeto.

De las obras, la autora nos lleva a lo que nos dicen, al diálogo con artistas que hablan para transmitirnos sus inquietudes con la plasticidad y el colorido de sus trazos. Es una voz fuerte, en ocasiones desesperada. Lo es tanto, que podemos oíría, estremecidos. Como estremecedora es la pintura de Munch "El grito", a la que, como símbolo de un tiempo torturado, dedica Carmen Rocamora particular atención. No falta ninguno de los grandes pintores modernos y se aportan datos, desconocidos en la crítica artística española, de artistas menos famosos que merecen, sin embargo, mayor atención. Manet, Gauguin, Renoir, van Gogh, Monet, Seurat, Klimt, Derain, Magritte, Max Ernst, Kokoschka, Bonnard, Kirchner, Matisse, Mondrian, de Chirico—sin olvidar a los españoles Picasso, Dalí, Miró, Zobel, Cuixart, Canogar, Millares, Viola, Tapies, Guinovart o Feito—aparecen junto a otros muchos cuya cita sería demasiado larga.

La documentación que ofrece Carmen Rocamora responde a una visión coherente de la pintura, puesto

que se relaciona con la historia viva y discurre a través de las corrientes de pensamiento que los artistas incorporan a sus obras. Es un lenguaje particular, muy propio de nuestro tiempo, cuyas claves de lectura ofrecen algunos críticos al lector atento, a quien la autora se dirige como a un amigo que comparte su misma afición. ■ **Rafael Gómez López-Egea.**

Tad Szulc,  
*Pope John Paul II*  
*The Biography*

A Lisa Drew Book, Scribner's  
Nueva York, 1995, 542 págs.

“Una biografía debe ser más que fechas, sucesos y citas. Debe expresar el corazón de la persona, su alma, sus pensamientos...” –le dijo Juan Pablo II al autor de este libro, hace poco más de dos años, cuando hablaron de su propósito de escribirlo-. Con esas palabras –que representan, sin duda, un estímulo y un desafío para él–, abre Szulc el prefacio de su obra. Alentado por ellas ha elaborado una biografía del Papa polaco en la que convergen la capacidad de información del periodista, el rigor documental del historiador y la sabia disposición literaria de un escritor experto en construir obras de interés que sean a la vez profundas y atra-

yentes. (Debo confesar que esta breve nota es el primer fruto de una lectura minuciosa y atenta que me ha llenado de admiración).

Tad Szulc ha publicado casi veinte libros de asuntos de actualidad a lo largo de una brillante carrera de corresponsal de prensa y analista político. Dos de ellos versan sobre España, donde fue corresponsal del *The New York Times* en la década de los sesenta y donde todavía hay numerosas personas que le recuerdan con aprecio. Es el caso mío, que en aquellos años era director del diario *Madrid*.

Szulc es un periodista norteamericano con ese estilo “factual” que caracteriza a los buenos profesionales de su nación. Quizá por eso, el Papa, que tanto ha hablado con él y que debe conocerle bien, le previno contra una acumulación lineal y llana de “dates, facts, quotations”. No quería verse aprisionado entre las páginas de un gigantesco artículo de enciclopedia o *Who is who?*. Pero Szulc es un excelente escritor y además, como muestra su propio nombre, es judeo-polaco de origen y posee una particular afinidad emocional con los pueblos de sus mayores y el universalismo propio de un intelectual formado en tres culturas. A lo que se agrega un infrecuente conocimiento, incluso una familiaridad, con la naturaleza, la historia y la estructura de la Iglesia Católica. Además, al